

EDUARDO CRESPO

Por el Académico DR. EMILIO J. HARDOY

Si hubo un personaje de nuestro pasado reciente, que por su consagración a la causa de la difusión de la cultura y la nunca alterada moralidad de su existencia, mereció con justo e incontrovertible título pertenecer a esta Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, este fue precisamente el doctor Eduardo Crespo.

Nació en Concordia, provincia de Entre Ríos, el 1º de septiembre de 1871 y cursó sus estudios primarios y secundarios en Buenos Aires, donde también se recibió de doctor en jurisprudencia. Se formó profesionalmente como el eximio abogado que reconocidamente llegó a ser, en uno de los estudios más prestigiosos de la época fundado por el distinguido comercialista y hombre público doctor Julio Fonrouge, de quien él decía con satisfacción que había sido su socio. En una entrevista que le hizo el diario "La Prensa" cuando había alcanzado la edad de noventa años, recordó que durante 1910 y 1911 se había desempeñado como concejal en esta Capital, agregando que entonces "la designación era una carga y no un cargo y que no percibí honorarios". La categoría del cuerpo al que perteneció la demostró mencionando que las bancas, que sumaban veintidós, estaban ocupadas entre otras altas personalidades por el arquitecto Dormal, Carlos M. Coll, José Guerrico, Francisco Cayol y Baldomero Sommer, lo que ocurría durante el gobierno municipal del notable Intendente que fue el doctor Joaquín S. Anchorena, que según recordó también Crespo era su amigo.

En la misma ocasión Crespo mencionó que fuera de su profesión se dedicó siempre a cuestiones de urbanismo y que, en consecuencia, fue dos veces presidente de la Asociación Amigos de la Ciudad y presidente del primer Congreso de Urbanismo el año 1923. Su vocación de servicio determinó así mismo que aceptara ser presidente de la Junta Nacional para combatir la Desocupación creada en 1934 y presidente de la Conferencia Nacional de Organización y Movilización del Trabajo en 1939. Además en la misma época ocupó la presidencia del Banco Municipal de Préstamos. Ante preguntas que le formulara el periodista que lo entrevistó y venciendo su modestia, Crespo relató res-tándole la trascendencia que en realidad el caso tiene, que al visitar los depósitos de prendas del Banco Municipal halló que allí se conservaban 10.000 máquinas de coser inactivas y expresó: "Pensé entonces que aplicando la ley de prenda agraria podría liberarlas y entregarlas a sus propietarias, bajo custodia, para que con su trabajo amortizaran las deudas; y así se hizo, aunque antes nadie lo había pensado".

Al rememorar episodios de su vida le brotaban con naturalidad citas de Pedro Goyena, Lucio Vicente López y Estanislao S. Zeballos, que fueron sus maestros, junto con reminiscencias de Adolfo Orma, su profesor en el Colegio Nacional Central, y de Carlos Pellegrini, al que conoció y admiró en el Jockey Club, tradicional institución de la que fue socio vitalicio, y a la que había ingresado a principios del siglo. Grandes amigos suyos que fueron eminentes hombres públicos lo designaron "honorariamente", como él decía subrayándolo con una sonrisa, para que presidiera a los Caballeros de la Mesa Redonda, que eran también miembros del Jockey Club, donde se reunían periódicamente a almorzar. Entre ellos hay que señalar a Manuel Augusto Montes de Oca, Adolfo Orma, Ramón J. Cárcano y Leopoldo Melo, que también presidieron a la gastronómica y amistosa orden, tan noble como cordial.

No fue ciertamente el menor de sus méritos que mencionamos, el de haber constituido un hogar ejemplar, haber sido padre de cuatro hijos y reunido a quince nietos durante su larga y fecunda existencia. Pero quizá de todos los títulos a la consideración general que pudo exhibir, el que más apreciaba era el de formar parte del Instituto Popular de Conferencias que funcionó en el diario "La Prensa" a

partir del año 1915, del que llegó a ser vicepresidente. Con motivo de su reapertura luego de haber suspendido su funcionamiento durante la confiscación del citado diario, entre otras cosas dijo que el Instituto había nacido "destinado a contribuir a perfeccionar las aptitudes de un pueblo joven, enfrentado al difícil ejercicio de la democracia, la más nueva de las formas de gobierno y, por lo mismo, sujeta a todas las incógnitas de su desenvolvimiento". Expresó asimismo entonces: "Hoy asistimos con emoción a su reapertura, una restauración más, ante el múltiple renacer de las energías vitales del país, como el de un campo feraz, donde se han enterrado las cenizas de un devastador incendio de montes. Tenemos por seguro que el auditorio que hoy congregan de nuevo los muros de clásicas líneas no ignora, en su aspecto general, los hechos que llevaron al Instituto a suspender sus sesiones, cuando contaba en su haber tan larga e ininterrumpida actividad en los nobles ejercicios del pensamiento. Al inaugurar el nuevo ciclo después de seis años de inacción, no puedo dejar de señalar el hecho, gravemente paradójico, de que las causas que promovieron su constitución son las mismas por las cuales había de verse luego constreñido al silencio".

Antes de terminar esta semblanza hay que destacar que a Crespo corresponde el hecho de la fijación del Escudo de la Ciudad de Buenos Aires en colaboración con don Enrique A. Peña, y el de la prohibición de entrada de menores de dieciocho años a los hipódromos. Autor de numerosos artículos y estudios, publicó dos libros titulados respectivamente *Ensayos Políticos y Administrativos* y *Nuevos Ensayos Políticos y Administrativos*. Presentó y debe tenerse en cuenta por la importancia del antecedente, dos trabajos a la Junta Nacional de Desocupación en 1932 y 1938, uno sobre la manera de combatir este mal que se había abatido sobre el país a partir de la depresión mundial de 1929, y otro conteniendo un proyecto de ley enderezado al mismo objetivo. Por último hay que dejar constancia de que fue miembro de la International Law Association, vicepresidente del Museo Social Argentino, vicepresidente del Instituto Cultural Argentino Japonés y presidente del Instituto Cultural Argentino Polaco.

Falleció en Buenos Aires a los 92 años de edad el 11

de abril de 1964 y sus restos fueron llevados al Cementerio de la Recoleta por un grupo de amigos, en una ceremonia privada en la que no hubo discursos. Digno final de una vida serena y pacificadora, que albergó a un espíritu noble y elevado consagrado a la causa de la difusión de la cultura, que dejó un ejemplo memorable de señorío, sabiduría y trabajo. Merece el recuerdo de esta Academia uno de sus miembros que bien acredita el calificativo de ilustre, que él hubiera rechazado a pesar de incumbirle con plena justicia.